

El progreso es ley de los individuos, ley de las sociedades, ley del mundo. Dios Criador formó al hombre inteligente y fuerte, y le bendijo y le otorgó el dominio de todo lo criado: Dios Redentor se acercó al lecho del paráltico y le dijo: «levántate y anda:» El paráltico es la humanidad vuelta á la vida por la muerte del Dios Hombre; y la humanidad se mueve, anda. Dios Criador mandó á Adam que impusiera nombre á todos los animales creados: el hombre de la antigüedad sacado del inmenso sepulcro de la nada, tuvo ciencia: el hombre de la ley nueva sacado del sepulcro de la culpa, tiene movimiento. La humanidad se levantó diez y nueve siglos hace, y la humanidad se mueve durante ese periodo: ¿de dónde parte el movimiento de la humanidad, por dónde camina, adónde se dirige? Hé aquí los tres

CAPITULO PRIMERO.

IDEAS GENERALES: PUNTO DE PARTIDA: DIOS.

I.

El progreso es ley de los individuos, ley de las sociedades, ley del mundo. Dios Criador formó al hombre inteligente y fuerte, y le bendijo y le otorgó el dominio de todo lo criado: Dios Redentor se acercó al lecho del paráltico y le dijo: «levántate y anda:» El paráltico es la humanidad vuelta á la vida por la muerte del Dios Hombre; y la humanidad se mueve, anda. Dios Criador mandó á Adam que impusiera nombre á todos los animales creados: el hombre de la antigüedad sacado del inmenso sepulcro de la nada, tuvo ciencia: el hombre de la ley nueva sacado del sepulcro de la culpa, tiene movimiento. La humanidad se levantó diez y nueve siglos hace, y la humanidad se mueve durante ese periodo: ¿de dónde parte el movimiento de la humanidad, por dónde camina, adónde se dirige? Hé aquí los tres

grandes problemas que los sabios reducen á la fórmula concreta de «ley del progreso.» La ley del progreso, especie de Termópilas del mundo moral, será un logogrifo, ó cuando mas una bella teoría de escuela, interin á su exámen no presida un espíritu de exquisita imparcialidad y de bien entendida despreocupacion.

II

Para observar la marcha de las sociedades en el desierto de la vida, es preciso apartarse de la multitud; dejar el llano y subir á la cumbre: ¿es áspera la senda y difícil la ascension? Por eso no la acometen los espíritus vulgares; por eso los espíritus vulgares en las magnificas jornadas de la humanidad ven solamente lo que está al alcance de las estaturas ordinarias. Dos caminos hay que guian á la codiciada cumbre: las sanas doctrinas, que iluminando el entendimiento disponen el corazon; y las virtudes evangélicas, que abrasando el corazon iluminan con sus resplandores el entendimiento. Desde la altura donde en fraternal abrazo se estrechan la fe y la ciencia bajo las alas de un ángel, contempla el alma extasiada cómo se mueven las sociedades; cómo camina la humanidad precedida, cual otro ejército israelita, de una columna de nube, mientras el sol alumbrá,

y de una columna de fuego en las serenas horas de la noche. Cuando la humanidad se extravía y pierde de vista la columna de nube, que es la ciencia, ó la columna de fuego, que es la fe, ¡qué horrible confusion, qué imponente anarquía! Perdida la columna de nube, queda al fin la luz del sol, queda la razon: el mundo ve y puede volver al camino; pero perdida la columna de fuego, perdida la fe, extraviada á media noche la misera humanidad en el desierto de la vida, el mundo no ve, porque se le extingue la luz de la razon, y el mundo se hiela porque le falta el calor vivificante de la fe. En el horizonte se vislumbran millares de puntos luminosos á manera de estrellas pálidas y apénas perceptibles: son millares de razones individuales que no logran constituir la razon universal; que entre todas no darian tanto resplandor como una chispa desprendida de la columna de fuego que guiaba por las noches al pueblo de Israel en el desierto del Sur.

III

Corramos uno por uno los eslabones de la cadena de oro que se llama historia, y asida al último eslabon veremos con los ojos del espíritu la mano inmortal que suspendió sobre ejes de zafiro la mole del universo, y bordó las maravillas de

su omnipotencia en los diáfanos espacios del vacío: subamos una por una las gradas del altar donde se adora la ciencia; y si á medida que nos acercamos al tabernáculo no nos hieren los destellos de la Sabiduría infinita que formó con una sola palabra piélagos de luz donde flotasen los mundos, retrocedamos con pavor; pues toda ciencia que encierre en su tabernáculo otra divinidad que la divinidad cuyo santo temor es el principio de la sabiduría, es ciencia formada al nivel de la humanidad, vaciada en el estrecho molde del orgullo humano. Leamos en el libro siempre abierto y siempre nuevo de nuestro propio espíritu, de nuestro *yo*; y en ese libro encontraremos escritas páginas cuyo principio no es obra de mano mortal, y cuyo fin no acertaremos nunca en esta vida; pues tan pobres y tan ignorantes somos, que haciendo muchos libros para las bibliotecas, ninguno de nosotros podrá jamás concluir el libro perpetuamente incompleto de nuestro destino. Lancemos una ojeada desde el interior de nuestro pequeño mundo al exterior que nos rodea, al mundo grande de la naturaleza; y desde el movimiento trémulo de la hoja hasta el soberbio mugir del Océano descubriremos una especie de palpitation, un hálito universal como si el mundo de la materia reposara en el álveo que le señaló desde la eternidad el dedo del Omnipotente.

IV

Los hombres de este siglo han levantado una horrible gritería, en la cual se entreoyen las voces de *adelante, adelante*; y como rara vez las griterías han tenido razón, ni las razones se han expuesto en gritería, los hombres de este siglo se equivocan: no hace falta caminar hacia *adelante*; hace falta caminar hacia *arriba*; hacia arriba, como caminaba el pueblo escogido desde las abrasadas orillas del Nilo á la tierra que fluía leche y miel.

Progresar no es correr; progresar es subir; y cuesta arriba no se puede correr; basta con andar: «levántate y anda,» dijo Jesucristo al paralítico, y no le dijo: «levántate y corre.» Desde el Paraíso hasta Jerusalem la humanidad descendía: desde el Calvario hasta el cielo se verifica la ascension de la humanidad.

Consecuencia del correr es la fatiga: Roma corrió mucho y se cansó. Necesidad de la fatiga es el reposo: Roma se recostó á la fresca sombra de sus laureles. Hijos, si no hermanos, de la ociosidad son los vicios: Roma perezosa, sibarítica, prostituida, sucumbió al valiente impulso de los

invasores septentrionales. Las sociedades que corren como Roma hasta César, se embriagan en Calígula y espiran en Augústulo.

V

La ley del progreso es ley de ascension continua.

Para que la tierra sea alumbrada por un solo centro de luz es fuerza que ese centro de luz brille é irradie á gran altura, se halle colocado léjos de la tierra: el principio generador y regulador de lo visible ha de ser buscado por la sana filosofia en el mundo de lo invisible.

La razon humana, aunque destello de la Divinidad, no basta por sí sola para iluminar los inmensos espacios de lo infinito. Creer que no hay mas verdades, que no hay mas ciencia, que no hay mas mundo moral que el mundo, la ciencia y las verdades á que alcanza la razon, tanto valdria como presumir que no hay mas cielo ni mas tierra que el que descubren los ojos de la materia: caminar con la razon sola es ver solo la parte de camino á que alcanza el fulgor de la linterna. La razon de Sócrates y la razon del campesino mas toscó son dos luces de diversa intensidad, de brillo muy diferente; pero luces cuyos átomos luminosos no pueden sumarse, luces que juntas no

alumbran mas: así la razon de todos los hombres que han vivido desde Adam hasta hoy no se ha desarrollado en el tiempo ni en el espacio como copo de nieve que rodando de la montaña al valle forma una mole gigantesca: la razon de todos los hombres que han vivido en el mundo desde Adam hasta hoy, es para nuestro estudio la razon de un solo hombre. La vida, elemento contra el cual se estrella el poder del hombre, pues la recibe sin esperarla y la pierde sin querer perderla, es una serie de tésis y de antítesis cuya síntesis podemos estudiar en un mortal cualquiera desde Sócrates hasta el último campesino.

Dios inspiró al hombre con su hálito soberano el conocimiento de todas las cosas; el alma de Adam, expandiéndose en un tesoro de maravillosas dotes, era la obra maestra del Criador, lo mismo que el alma del último negro de Hannobon: sin embargo, los que midan el progreso con el compás de la cronología, más claro, los que á la ley de la historia reputen ley del progreso, comparen la inteligencia de los negros de Hannobon con la inteligencia de Adam en los días que precedieron al pecado.

Prevaricó el primer hombre, y su alma cayó en las tinieblas de la ignorancia; pero quedó siendo alma racional hecha á imágen y semejanza de Dios: en Adam, expulsado del Paraiso, no brilla la om-

nisciencia ni la impecabilidad; Adam lleva consigo las ruinas del alma, ruinas magnificas que revelan toda la grandeza del Omnipotente autor del edificio. El alma, combatida por la carne, enferma por la culpa, vive en perpétua aspiracion hácia lo infinito de donde procede, hácia lo perfecto á cuya imagen fué formada: ese continuo movimiento del alma, ese fenómeno del mundo invisible, se traduce y trasciende al mundo visible en otros movimientos, en otros fenómenos que constituyen este ordenado desórden que llaman armonía universal.

Dedúcese, pues, que estudiar á las sociedades por esos fenómenos y movimientos del mundo exterior, es tomar la segunda parte por primera; es confundir los efectos con las causas; es el empirismo de las ciencias morales, como lo seria de las ciencias médicas querer curar las enfermedades sin conocer la organizacion interna y externa del cuerpo humano, —anatomía,— y la manera cómo los órganos funcionan,—fisiología.—La vida exterior de las sociedades puede considerarse como la esfera de un reloj: cuando en la esfera no se marcan bien las horas, es inútil mover y regular las manos, la dislocacion está dentro: cuando el reloj adelanta mucho, no se halla la máquina en su estado normal; y tanto puede el reloj adelantar, que atropellando el in-

mutable curso de las horas, llegue á producir y determinar un verdadero retraso: que no olviden este símil los que, mirando solo la esfera de la humanidad, quieren que los pueblos corran y corran, como si cada hora no tuviera sesenta minutos; como si las sociedades fuesen cual las manos del reloj que no se cansan; como si el mecanismo interior no padeciera; como si el excesivo adelanto no se alcanzara y tocara con el retraso excesivo; por último, como si progresar fuera correr, como si progresar no fuera andar!

VI

Tomando nosotros por primera parte la que en rigor debe serlo; fijándonos en el mundo invisible, para que *á posteriori* salten á nuestra vista con su natural explicacion los fenómenos del mundo visible, hagamos de la doctrina revelada, de la verdad católica, el sol que ilumine los ámbitos del mundo visible. Pues hay Dios, autor de todo lo criado; Dios, á quien saluda diariamente el universo; Dios, que nadie niega en el fondo de su alma, porque en el fondo del alma de los ateos está escrito también el nombre de Dios; pues existe un Supremo Ser, que es sin deber á nadie el ser, y son por Él todas las cosas; no queramos, pues no podemos ni debemos, considerarlo abs-

traído de sus criaturas, convertido en un eterno y glorioso morador de los cielos, que ve impasible el giro de la humanidad; ántes bien lo hacemos ordenando, disponiendo y permitiendo todos los acontecimientos, desde el soplo en que se mece la violeta hasta el cataclismo en que se ruinan los imperios. Si acertamos á exponer cómo se relaciona el alma con su Criador, á encontrar los misteriosos anillos de la existencia, tendremos ya asegurado el punto de partida del verdadero y legitimo progreso.

VII

En Dios residen la suma Verdad, la suma Bondad, la suma Belleza: Ser eterno y necesario, es el que es, segun la magnífica frase que Moisés oyó salir de la zarza; y en Él, como en vasto Océano, confluyen todas las verdades; y de Él, como de manantial inagotable, fluyen y parten las verdades todas: la inteligencia divina, contemplándose en la eternidad y la necesidad del divino Ser, realiza la verdad infinita. Dios revela su bondad en su querer soberanamente perfecto: autor sapientísimo y providentísimo de todo lo criado, lo halló bueno, se complació en su obra, y por su soberano querer la obra de la creacion subsiste. El amor perfecto es un fluido celestial que vivifica cons-

tantemente al universo, manteniendo la dulce atraccion entre los mundos, las místicas relaciones de la criatura con el Criador. La verdad del ser de Dios y el infinito querer de Dios, producen una armonía admirable, infinita, que se llama Belleza: Dios es la belleza absoluta, belleza, como dice un sabio, que solo Dios goza por completo, poseyéndose á Sí mismo por su omnipotencia.

Verum, bonum, pulchrum: hé aqui los tres vértices del gran triángulo en que se contiene el augusto *tetragrámmaton*, el inefable nombre de Yhowah. De cada vértice de ese triángulo brota un torrente de luz que llega hasta la humanidad, y juntos alumbran, purifican y animan el mundo del espíritu, como la luz del sol alumbrá y purifica y anima el mundo de la materia.

Verum. Dios es la soberana Verdad; soberana verdad que solo comprende en absoluto la soberana Inteligencia; pero un rayo de luz que desciende de lo alto y llega á la inteligencia humana, permite á esta ver siquiera un vislumbre de la inteligencia divina: esta vision se llama FE.

La fe, rayo de luz que desciende de lo alto, comunicacion de la limitada inteligencia humana con la infinita inteligencia de Dios, es por sí un elemento más poderoso que los ejércitos, más grande que las montañas, más vasto que los mares, más rápido y más sutil que el ambiente que

llena los espacios y respira la naturaleza como que es el ambiente que llena la inmensidad de lo invisible, la atmósfera única en que puede vivir y respirar el alma. La fe es, pues, la llama purísima que alumbra las inteligencias.

Bonum. En virtud de la atracción, de la ley del querer que mantiene el equilibrio de los mundos y la mística relación de las criaturas con el Criador, é iluminado el espacio con el rayo inextinguible de la fe, el cristiano se eleva hasta la fuente del eterno amor, asociándose á alguno de los misterios de bondad que de lo alto brotan sin cesar, y esta asociación se llama CARIDAD.

La caridad es la tierna amistad de los espíritus, lazada de rosas que une á los hombres entre sí, y eleva á los hombres hasta Dios: por la caridad, el Señor es padre, y los mortales todos son hermanos. Si la fe es llama que alumbra las inteligencias, la caridad es llama que abrasa y acendra los corazones.

Pulchrum. La belleza absoluta que reside en Dios, belleza absoluta que proviene de la armonía admirable entre su ser necesario y eterno y su querer perfecto y soberano, no puede franquearse igualmente á la humanidad: si desde aquí, desde la tierra, se pudiera contemplar la infinita belleza que resplandece al otro lado del firmamento, la tierra dejaría de ser valle de lágrimas

y camino de peregrinación: el inefable goce de la visión beatífica no lo alcanzan los escogidos hasta que, libre el alma de las ligaduras que la oprimen, entra en el seno de la divinidad, purificada en la llama del amor perfecto; pero desde aquí, desde la tierra, aunque presa el alma en la estrecha cárcel del cuerpo, se deleita dulcemente, vuela en deseo, en aspiración constante al infinito goce del infinito premio; y ese dulce y puro deleite, esa aspiración constante, ese deseo es LA ESPERANZA.

La esperanza es para nosotros la mística escala que vió Jacob en Bethel, cuyo pié toca en la tierra, cuya cabeza llega al firmamento, y por cuyas gradas suben y bajan los ángeles del Señor: el mundo sin la esperanza sería un vasto desierto, y la humanidad un ilustre proscrito, habitador de una isla rodeada por mares solitarios y desconocidos; con la esperanza, las amarguras del mundo se mitigan, y la humanidad da por ganadas las horas que el tiempo da por perdidas: si la fe es llama que ilumina, y la caridad llama que abrasa, la esperanza es llama que vigoriza y alegra.

VIII

La verdad conocida por la fe, es el dogma: la caridad, realizando los designios de la bondad, se dilata en derredor, y se traduce en buenas obras:

la esperanza para volar al término de sus ansias, toma por impulso los sacrificios, y por alas la oración, representa lo que no ve, y crea los símbolos: oración, sacrificios y símbolo constituyen el culto; fe, esperanza y caridad forman los indestructibles cimientos de la religión. La fe, dice un insigne pensador de nuestros días, se explica por la interpretación sucesiva del dogma: la caridad se explica por la multiplicación de las buenas obras, y á medida que el culto se desarrolla, la esperanza se fortifica.

Resulta, pues, según estas nociones brillantemente amplificadas por el insigne Ozanam, que la fe, la caridad y la esperanza son los tres puntos, digamos así, que brillan al influjo de los tres eternos torrentes de luz que hemos llamado VERDAD, BONDAD, y BELLEZA. Pero acontece que al tocar en el alma humana la luz de esos torrentes, desenvolviendo en ella hácia Dios, esto es, de abajo arriba, el germen de tres magníficas virtudes, fundamento de la Religión, acontece, repetimos, que de esos tres puntos, así iluminados, irradia desde el hombre hácia la creación una trinidad de relaciones correspondiente á la trinidad de atributos esculpidos por Dios en el espíritu humano á imagen y semejanza de la misma Divinidad. Son estos atributos LA INTELIGENCIA, EL AMOR Y EL PODER: la inteligencia lleva al hombre al conoci-

miento de lo verdadero; pero adviértase que la inteligencia, partiendo desde el hombre falible á Dios verdad absoluta, es *la fe*: la inteligencia, partiendo desde sí misma á todo lo que no sea la verdad absoluta, eterna é inmutable de Dios, es *la ciencia humana*. Por el amor se establece la dulce comunicación del hombre con Dios y con el universo: el amor, que partiendo del alma se encamina hácia la Suma Bondad, es *la caridad*: el amor que partiendo del alma se dirige hácia todos los demás hombres, es el fundamento de la vida social. Por el poder, el hombre que comprende, pues tiene *inteligencia*, y que ama, pues tiene *amor*, la verdad de lo creado, sus relaciones, y la armonía en que existe, aspira á reproducir esas relaciones maravillosas, esa magnífica armonía, de la creación: y hé aquí EL ARTE.

Fe, esperanza, caridad: inteligencia, poder, amor, ciencias, artes, sociedad: tales son las invisibles preesas que enlazan al hombre con la humanidad, que acercan al hombre, aunque finito, hasta el centro inmortal de la verdad, de la belleza, y la bondad, hasta el trono esplendoroso del tres veces Santo.